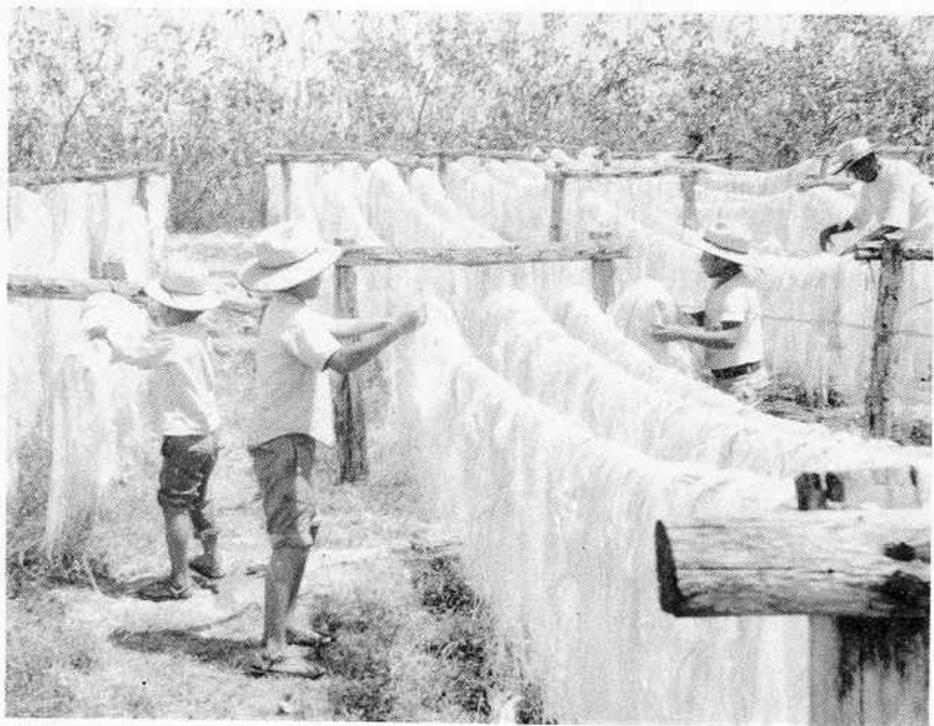


Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano

Hubert C. de Grammont
(Coordinador)



Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano

de
Hubert C. de Grammont
Coordinador



Juan Pablos Editor
Instituto de Investigaciones Sociales
México, 1986

ASALARIADOS AGRICOLAS Y SINDICALISMO
EN EL CAMPO MEXICANO
de Hubert Carton de Grammont (Coordinador)

© Juan Pablos Editor, S.A., 1986
Mexicali 39, México 06100, D.F.

en coedición con:
Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM

ISBN 968-6039-53-B

Reservados los derechos
Impreso en México

"Es necesario para los que no conozcan la vida del campo en México explicarles lo que es una cuadrilla. Los trabajos agrícolas se hacen de dos maneras: o por gentes que viven avecinadas en las haciendas, en unas miserables chozas inmediatas a la casa principal, a las trojes y oficinas, o por los vecinos de los pueblecillos más o menos numerosos, inmediatos a los linderos, y que las más veces están en disputa con los propietarios por cuestiones de tierras o porque el hacendado los aleja e invade los terrenos o los pueblos, arriman sus zanjas y se toman cuando menos los potreros de las grandes fincas. ¿Quién tiene razón? Es de creerse que las más veces la tienen los indios, que en el último caso fueron los primeros propietarios de la tierra y que tradicionalmente poseen pequeñísimas porciones donde apenas cabe su jacal de palma y cuando más cuatro a seis cuartillos de maíz de siembra. Debemos recordar que negocios de esta clase ocuparon al insigne licenciado don Crisanto Bedolla. Hay otras haciendas que por falta de terreno, por economía o por cualquier otra razón, no tienen real, como llaman en las haciendas de caña y azúcar, y reciben cuadrillas ambulantes de indios o las mandan buscar a grandes distancias. Recogida la cosecha, las cuadrillas se marchan a otra parte y la finca queda con unos sirvientes para la cocina, carros y cuidado del ganado.*

Estas cuadrillas son bajo varios aspectos muy curiosas, y recuerdan las costumbres anteriores a la conquista de la clase que se llamaba macehuales, destinados, casi como antiguos ilotas, al servicio y trabajo de las tierras, sin que jamás pudiesen salir de esa condición y apenas mantenerse con el escaso sustento de maíz que ganaban con el sudor de su frente.

Hay una masa considerable, que pasa de miles de indios, que no tienen ni tierras, ni casas ni residencia fija. Caminan como peregrinos grandes distancias en busca de trabajo, sin más equipaje que un sombrero de petate, un calzón corto de lienzo ordinario de algodón y un capote erizado, hecho con hojas de palmas y que les da el aspecto singular que tendrían los primeros habitantes de la tierra. Llevan con ellos a sus mujeres y a sus hijos casi desnudos aun en la estación del invierno. Las mujeres, enredadas en unas tres varas de lienzo de lana azul, cargando en un ayate a sus hijos en las espaldas, que se duermen y van colgando y columpiando las cabezas de uno y otro lado. Callados, sobrios, humildes, resignados con su suerte, son al mismo tiempo muy hábiles y prácticos en todas las ope-

* Pueblo, a veces muy considerable, que está dentro de los linderos de las haciendas.

raciones para la siembra del maíz, que se cultiva en México como en ninguna parte del mundo. . .

Durante el tiempo de los trabajos agrícolas se alojan en chozas de ramas y zacatón, que nunca faltan en las fincas, o ellos las construyen, y cuando han acabado su contrata y percibido el fruto de su rudo trabajo, que comienza ordinariamente a las seis de la mañana y concluye a las seis de la tarde, se revisten con sus erizadas capas, las mujeres cargan a sus hijos en las espaldas, y las que no los tienen están obligadas a cargar el metate y algunos canastos y el itacatic, que se compone de gordas de maíz martajado, que calientes y acabadas de hacer no son del todo malas; pero que frías, sólo pueden mascarse por los dientes blancos y fuertes comunes a toda la raza indígena. Si tienen algunas nociones de religión tradicionales o enseñadas por algún cura de un pueblo, cantan en coro "El Alabado". Se despiden antes de salir la luz, besan la mano del administrador y, tomando un trote uniforme y acompasado, como una tropa al sonido del tambor, salen muy contentos de la hacienda prometiendo volver al año siguiente. Hay algunas cuadrillas hosecas y fieras que ejecutan su trabajo sin hablar una palabra, y desaparecen a la media noche sin cantar, sin despedirse de nadie y sin hacer promesa ninguna de volver.

¿A dónde van esas cuadrillas? Algunas a un pueblecillo ignorado y escondido que han dejado solo y abandonado y que vuelven a encontrar a veces desmantelado por el paso de algún ganado que se comió o desbarató parte de los techos de las chozas; otras con algunos perros o guajolotes salvajes que se han refugiado cuando el invierno es algo sensible; pero la mayor parte de estas tribus errantes, desde que reconocen su rumbo, ganan la parte montañosa y boscosa del país y se establecen en el lugar más escondido que juzgan favorable para satisfacer las poquísimas necesidades de su vida. Construyen jacales, amontonando y colocando con arte unas piedras con otras, como los antiguos etruscos, y techando un corto cuadrilongo con ramas y hojas de árboles. Donde hay magueyes silvestres, el techo es magnífico y mejor que el que se pudiese construir con la mejor teja de barro. En el camino compran con el dinero que ganaron, y que conservan intacto (pues en la hacienda donde trabajaron les bastó su ración de maíz), gallinas, guajolotes, algunas varas de manta, velas de cera, y el maíz que calculan bastante para la tribu en el tiempo que estarán sin trabajo. Cuando vuelve la época de la peregrinación, abandonan el pueblo improvisado, muchas veces lo queman, y si el viento sopla recio se comunica el fuego al monte y hay un incendio que destruye miles de árboles; pero esto no les importa y caminan días y días vendiendo por el tránsito huevos y manojos de pollos y gallinas, alimentándose con sus gordas secas y atole cuando lo encuentran, hasta que concluyen por llegar a una hacienda donde les dan trabajo y los abrigan durante cuatro o seis meses.*

* Payno, Manuel, *Los Bandidos de Río Frío*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1977, 9a. ed., p. 254 a 256.

El libro que presentamos aquí es el fruto de dos congresos regionales sobre Asalariados Agrícolas y Sindicalismo en el campo organizados por el Instituto de Investigaciones Sociales, con el apoyo económico de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

El primer congreso se realizó del 6 al 8 de septiembre de 1983 en la ciudad de San Cristóbal de las Casas. Fue organizado conjuntamente con investigadores del Centro de Investigaciones Ecológicas del Sureste y con el Área de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas. El segundo congreso se llevó a cabo del 10 al 13 de diciembre del mismo año en la ciudad de Culiacán. Se organizó conjuntamente con el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa y con maestros del área de Ciencias Sociales de Mazatlán de la misma Universidad.

La lucha campesina por la tierra ha predominado sobre el conjunto de las luchas sociales en el campo y ha sido el foco de atención de numerosos estudiosos del agro, mientras la inquietud por estudiar a los asalariados agrícolas es relativamente reciente, tiene poco más de una década. Sin embargo, a partir del desarrollo de las relaciones de producción capitalista en el campo, es decir desde el porfirismo, hubo en las regiones más desarrolladas —como en el Norte y en el Noroeste y en las regiones de gran explotación integrada, como en las de producción azucarera— numerosas luchas por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de los peones. La respuesta generalizada fue el despido, los tormentos en cárceles privadas, el asesinato.

Fue sólo hasta la Constitución de 1917 que se reconoce el derecho a la organización de los trabajadores, y es con el surgimiento de los sindicatos, particularmente de la CROM, que se podrá dar un curso lega a las reivindicaciones laborales planteadas por este sector. A pesar de todo, muchos movimientos fueron reprimidos pero no pocas veces los trabajadores obtuvieron satisfacción y vieron sus condiciones de trabajo mejorar sensiblemente.

A partir de las reformas al Código Agrario en 1934, que otorgan a los peones el derecho a la tierra, las luchas de corte laboral se orientaron sistemáticamente hacia la lucha agrarista. Esto se hizo notorio, bajo el cardenismo, con las grandes luchas obreras de Nueva Italia y Lombardía; las de Coahuila; las de los henequeneros en Yucatán y de los ingenios azucareros, a lo largo y ancho del país. Pero hubo muchos movimientos de carácter laboral, principalmente en las regiones más desarrolladas del país y con poca tradición de lucha agraria, que no quedaron registrados por la historia.

Cárdenas supo utilizar la lucha de los asalariados agrícolas para golpear a los terratenientes porfirianos y acabar con las viejas formas de producción hacendarias. El reparto masivo de tierra provocó un impresionante proceso de recampesinización y la demanda agraria sustituyó a la demanda laboral. Fueron necesarias cerca de tres décadas de política anticampesina para que repuntara, aunque de manera aislada y dispersa, la lucha sindical en el campo.

En estos años la economía campesina perdió su función de productora de granos básicos para el mercado de consumo urbano para transformarse en productora de mano de obra temporal para las grandes empresas agrícolas capitalistas. Así, la problemática actual de los asalariados del campo tiene que ver a la vez con la existencia de un sector capitalista agrícola que los absorbe y rechaza cíclicamente y, como contrapartida vital, con la existencia de un sector campesino que los expulsa y recoge. La situación de los asalariados agrícolas se vuelve sumamente conflictiva cuando se rompe esta relación de absorción-expulsión.

En la década de los setenta, cuando algunos autores llamaron la atención sobre el proceso de proletarianización del campesinado y la necesidad de su organización sindical, se desató una fuerte polémica entre quienes planteaban que la única lucha revolucionaria en el campo era la sindical y que la demanda agraria era esencialmente una lucha reformista y quienes planteaban que la lucha agraria es por esencia anticapitalista porque atenta en contra del principal medio de producción agrícola, la tierra.¹

La discusión era necesaria pero no supo reflejar la complejidad de las distintas situaciones que ofrece la realidad. La polémica fue tal que el Dr. Ernest Feder escribió un artículo en el cual comparó las distintas posiciones, caracterizando a los primeros de "descampesinistas" y a los

segundos de "campesinistas".² Mas allá de las intenciones del autor, estos adjetivos estigmatizaron los planteamientos, sirvieron más para calificar que para explicar.

Por fortuna hay pocos investigadores que sean más tercos que la realidad y al correr de los acontecimientos las posiciones se matizaron. Descampesinistas y campesinistas regresaron a los estudios de casos concretos, de tal manera que después de algunos años presentan nuevos planteamientos.

Los trabajos que ofrecemos ahora al lector son una selección de las ponencias presentadas en ambos congresos realizados a fines de 1983. Sus diversos enfoques y matices teóricos reflejan no sólo diferentes puntos de vista de los autores sino, y tal vez esencialmente, la diversidad de las situaciones en las cuales viven los asalariados del campo.

Con estos nuevos planteamientos nos parece que hemos dado pequeños pasos adelante en el análisis y la comprensión de los procesos de proletarianización y de las posibilidades organizativas de los trabajadores del campo. Esta es la impresión más relevante que guardamos de la lectura de las ponencias presentadas. Si este libro ayuda un poco a avanzar hacia una comprensión más cabal de la problemática agraria, el esfuerzo que para muchos representó la organización y realización de los congresos sobre Asalariados Agrícolas y sindicalismo en el campo habrá sido fructífero.

Hubert Carton de Grammont
Instituto de Investigaciones Sociales
Noviembre de 1984

¹ En 1977 la revista *Cuadernos Agrarios* organizó un encuentro muy interesante que giró en torno a esta polémica. El libro que resultó de este encuentro refleja con gran amplitud los principales puntos de vista entonces sostenidos (*Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*, ed. Macehual, México, 1979).

² Ernest Feder, "Campesinistas y Descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado", *Revista de Comercio Exterior*, Vol. 27, No. 12, México, 1977.